

## XCVI

Era la noche, cuando ya en reposo  
 olas y viento son y en calma el mundo;  
 cuando ya el bruto, ó los que el golfo undoso  
 moran y el limpio río y lago inmundo,  
 y aves pintadas y el reptil medroso,  
 en sus cuevas y olvido están profundo,  
 de la noche al misterio y sus horrores  
 dando su afán, sus penas, sus amores.

## XCVII

Mas del cristiano en la marcial morada  
 ni caudillo ni hueste duerme ahora:  
 ¡tanto es la luz de todos suspirada  
 que va á llegar con la naciente aurora,  
 luz que los guía á la ciudad sagrada,  
 término de la empresa redentora!  
 Así atentos están á ver si un rayo  
 despunta y rompe el nocturnal desmayo.

## CANTO TERCERO

ARGUMENTO.—Llegan los cristianos á Solima, y Clorinda se estrena en ellos haciéndoles gran daño. Reenciéndose el amor de Erminia á Tancredo, y crece el de este héroe hacia Clorinda. Los aventureros pierden á su jefe muerto por Argante. Funerales de Dudón. Godofredo manda cortar los árboles de una antigua selva inmediata á su campamento.

## I

Ya el aura, mensajera diligente,  
 sale á anunciar la vuelta de la aurora,  
 que adornándose está y el alba frente  
 con flores del Edén teje y colora.  
 El campo en tanto apréstase impaciente  
 y murmura con voz alta y sonora;  
 mejor después mostrando su alegría  
 de las ruidosas trompas la armonía.

## II

Bullón con ciencia bélica infinita  
 impetuoso vigor templa ó difunde;  
 que es más fácil se tuerza el mar que grita  
 y entre Scila y Caribdis se confunde,  
 ó que á Bóreas se enfrene cuando agita  
 del Océano la espalda y leños hunde.  
 Él pues los encamina y junta y forma,  
 y va veloz; mas con arreglo y norma.



## III

Con prestas alas cada cual se siente  
sin que pueda su planta fatigarse;  
mas cuando el sol camina más ardiente  
en el alto cenit á remontarse,  
¡he aquí á Jerusalén verse esplendente!,  
¡Jerusalén por todos señalarse!,  
y eco de gozo que los aires llena,  
¡Jerusalén! ¡Jerusalén! resuena.

## IV

Así de navegantes turba osada  
que en pos de tierra extraña el genio ayuda,  
y bajo incierto polo y onda airada  
prueba el mudable viento ó mar sañuda;  
si descubre por fin la orilla ansiada,  
con gritos de alborozo la saluda,  
y al mostrarla uno á otro olvida en tanto  
de las pasadas penas el quebranto.

## V

No hay corazón que al gran placér resista  
de aquel primero delicioso aspecto,  
y tan viva piedad los mueve, mista  
de temeroso y reverente afecto,  
que osan apenas levantar la vista  
á la ciudad, de Cristo albergue electo,  
donde murió, donde sepulto ha sido,  
de do en Gloria á los cielos ha subido.

## VI

Voz ya sumisa y dulce, ya sonora,  
altos sollozos, flébiles gemidos  
de la gente que á un tiempo ríe y llora,  
en el aire murmuran confundidos;  
como suelen garrir en fácil hora  
del aire entre las hojas los sonidos,  
ó cual entre las sirtes ronca ensaya  
la mar sus silbos en adusta playa.

## VII

Nudo el pie cada cual la senda pisa;  
que el ejemplo del Jefe á todos pasa.  
Oro, pluma, laurel, regia divisa,  
de la guerrera frente humilde arrasa;  
hasta del genio la soberbia guisa  
rinde, y en vivas lágrimas se abrasa,  
y entre el llanto mezclando voz confusa  
así el cruzado en su interior se acusa:

## VIII

«¿Cómo, Señor, do ya con los raudales  
de tu sangre el camino nos fué abierto,  
de mi lloro dos fuentes eternas  
á la acerba memoria yo no vierto?  
¿Cómo, asustado corazón, no sales  
por mis ojos de lágrimas cubierto?  
Hecho de piedra estás si hoy no te ablandas,  
y eterno has de pagar culpas nefandas.»



## IX

En tanto aquel que á descubrir la tierra  
 mantiene la ciudad en alta torre,  
 el polvo mira que los campos cierra  
 y en roja nube por los aires corre.  
 Juzga primero que borrasca encierra,  
 y llama ardiente su extensión recorre;  
 armas después distingue relumbrantes,  
 y los caballos luego y los infantes.

## X

Grita entonces: «¡Mirad qué niebla densa  
 por allí se levanta! ¡Ved cuál brilla!  
 ¡Sus, ciudadanos, contra turba inmensa!  
 ¡Ea, corred los bravos sin mancilla!  
 Los muros ocupad; á su defensa  
 pronto acudid: ¡el arco, la cuchilla!  
 Aquí está el enemigo: ved cuál nube  
 de polvo ardiente hasta los cielos sube.»

## XI

El viejo inerme, el delicado infante,  
 y las fembras también, turba infinita  
 que ni herir sabe ni mentir talante,  
 llevan su ruego y llanto á la mezquita;  
 en tanto el sexo de vigor pujante  
 á las armas veloz se precipita;  
 uno corre á las puertas, otro al muro,  
 y el Rey á todo en ademán seguro.

## XII

Y sus órdenes dadas, se retira  
 á torre entre dos puertas, do pudiera  
 al socorro acudir; de donde mira  
 como á sus plantas la campiña entera.  
 Allí á su lado Erminia atenta gira;  
 la hermosa que á su corte se acogiera,  
 después que arrebató latino encono  
 á su vencido padre vida y trono.

## XIII

Clorinda en tanto contra el franco es ida  
 y la acompañan mil, y ella delante;  
 mas por otra recóndita salida  
 está dispuesto á sostenerla Argante.  
 Alienta á sus secuaces la atrevida  
 con la voz y el intrépido semblante.  
 «Labre, dice, del Asia la esperanza  
 hoy con alto principio nuestra lanza.»

## XIV

Mira, al hablar, de un prado allá en el centro,  
 acarreado botín marcial caterva,  
 que en merodeo entrara tierra adentro  
 y hora trae de ganados gran reserva.  
 Ella al grupo arremete, y á su encuentro  
 el jefe acude que su arranque observa.  
 Gardo se llama, lidiador de cuenta;  
 mas que prueba tamaña no sustenta.



## XV

Gardo al choque fatal mordió la tierra  
de los francos á vista y los paganos,  
que anunciaron con gritos de la guerra  
ledos augurios, á la larga vanos.  
Ella espoleando audaz con todos cierra;  
que vale allí su diestra por cien manos.  
Sus secuaces ocupan el sendero  
que les va abriendo su tajante acero.

## XVI

Presto al ladrón la presa le arrebatada  
y huye el franco tropel su diestra ruda,  
hasta que breve loma le rescata  
á do las armas el terreno ayuda.  
Entonces, como horrenda se desata  
con rayo y truenos tempestad sañuda,  
el buen Tancredo, á quien Bullón lo ordena,  
movió su escuadra y enristró la entena.

## XVII

Y tan fácil la mueve, y en tal guisa  
viene altivo y contento el jovencillo,  
que el Rey de alto mirándolo se avisa  
que un guerrero ha de ser de excelso brillo,  
y á la que allí á su vera se divisa  
(ya descompuesto el rostro y amarillo)  
le dice: «Conocer todo cruzado  
debes tú bien, aunque de fierro armado.

## XVIII

»Dime pues quién es ese que parece  
tan altivo y marcial en la palestra.»  
Y de respuesta en vez, amarga crece  
en su pupila lágrima siniestra;  
mas finge cuanto puede, y desaparece  
casi de su zozobra toda muestra:  
sólo exhala un suspiro la cuitada,  
y sube hasta su frente roja oleada.

## XIX

Después le dice, su falace boca  
con odio falso otra pasión celando:  
«Bien ¡aymé! le conozco y bien me toca  
distinguir entre mil su brío infando.  
Yo cien veces le vi con furia loca  
la sangre de mi pueblo derramando.  
¡Cuánto es crudo en herir! ¡Ay! á su llaga  
nunca yerba bastó ni ciencia maga.

## XX

»El príncipe es Tancredo. Prisionero  
mío y no más, no muerto, le querría;  
¡vivo, con que del alma el ardor fiero  
la sabrosa venganza temparía!»  
Así hablaba; y en tanto el Rey severo  
diferente explicaba su porfia,  
mientras á su pesar triste un gemido  
sale á sus voces últimas unido.



## XXI

En esto de Tancredo al duro asalto  
 Clorinda vuela, y en el choque ardiente  
 ya las rompidas lanzas son por alto,  
 y algún tanto en peligro ella se siente;  
 que roto el nudo al yelmo, va de un salto  
 (¡golpe fiero!) botado de la frente,  
 y aquí suelto el cabello de oro muestra  
 bella y joven mujer en la palestra.

## XXII

Relucieron sus ojos, su mirada,  
 si dulce en el rigor, ¡cuánto en la risa!  
 ¿En qué piensas, Tancredo? La anhelada  
 faz ¿no conoces á tu amor precisa?  
 Esta es la imagen de tu pecho amada;  
 tu alma lo diga donde vive incisa:  
 esta es aquella que su sed ardiente  
 templando viste en la emboscada fuente.

## XXIII

Él, que de antes la tigre ver no pudo,  
 hora es de piedra al conocer la hermosa:  
 ella cubre su frente con su escudo,  
 y al que se aparta embiste presurosa:  
 Lleva aquél á otro punto el fiero crudo,  
 y ésta le estrecha y sin piedad le acosa,  
 y ¡vuélvete! le grita, y le embaraza,  
 y á tiempo con dos muertes le amenaza.

## XXIV

Que aunque asaltado, el triste no pelea,  
 ni así del daño á defenderse atiende  
 como la faz en admirar se emplea  
 do amor el arco inevitable extiende,  
 y entre sí dice: «En balde me rodea  
 y sin fruto su espada á mí descende,  
 mientras cada mirada de sus ojos  
 deja en mi herido corazón despojos.»

## XXV

Resuelve al fin, aunque piedad no espera,  
 no así morir callando oculto amante,  
 y rogarla pretende que no hiera  
 á un inerme, rendido, suplicante.  
 Dicele pues: «¡Oh tú, que dama ó fiera  
 más contrario que yo no hallas delante!,  
 ven, y á fácil lugar juntos salgamos,  
 do nuestras fuerzas y á placer midamos.

## XXVI

»Así veremos de quién antes falla  
 hoy el valor.» Clorinda le ha aplaudido;  
 que no el verse sin yelmo la avasalla,  
 y ufana sigue al que de afán rendido.  
 Mas ya en acto se apronta de batalla  
 la guerrera atrevida, y ya le ha herido,  
 cuando él dice: «Detente: á la pelea  
 pacto preceda que á mi gusto sea.»



## XXVII

Párase, y de cobarde en temerario  
desesperado amor vuelve á Tancredo.  
«Sea el pacto, exclamó, pues tan contrario  
te soy, que el corazón rompas sin miedo.  
Mi corazón, no mío, voluntario,  
si tú lo pides, lograráslo cedo.  
¡Ay! tuyo ha largo tiempo, á tu albedrío  
bien lo puedes tomar del pecho mío.

## XXVIII

»He aquí que el brazo humillo y le presento  
inerte á ti: prepárate; acomete.  
¿Quieres aún más?—Pues mira; yo contento  
desnudaré en tu ayuda el coselete.»  
Así aplacarla y con mayor lamento  
el infeliz Tancredo se promete,  
mas aquí turba los aparta insana  
de su gente revuelta y la pagana.

## XXIX

Cediendo opreso ante el tropel cristiano,  
arte ó temor el musulmán denota,  
cuando un varón de aquellos inhumano  
la frente inerme de Clorinda nota,  
y á su espalda pasando, alza la mano  
sobre el pelo que libre al aire flota;  
mas Tancredo le grita no concluya,  
y á su espada cruzó la fuerte suya.

## XXX

Y asaz no fué; que descendió siniestra  
hasta el albor del cuello que enamora.  
Leve es la herida; y salpicadas muestra  
las rubias hebras que el carmín colora:  
tal bermejea el oro si hábil diestra  
de encendidos rubies le decora.  
Aquí al villano el príncipe derecho  
corre, dé enojo rebosando el pecho.

## XXXI

Huye aquél, y éste á quien arrastra el ira  
le sigue, y van cual flechas por el viento.  
Ella suspensa queda y de ambos mira  
ya remoto y confuso el movimiento,  
y los deja, y del franco se retira,  
si á las veces tornando á su escarmiento;  
que ya huye y ya embiste, y su carrera  
nadie entre lid ó fuga distinguiera.

## XXXII

Así á los canes se revuelve airosa  
torva fiera, del circo ya á la orilla;  
y ellos paran también; pero la acosa  
más osada, si aun huye, la cuadrilla.  
Clorinda en tanto huyendo, cautelosa,  
bajo el alto pavés la frente humilla,  
cual resguardados del balón sonoro  
van los fugaces en escarce moro.



## XXXIII

Y éstos volando en pos, y éstos huyendo,  
cabe los altos muros han llegado,  
cuando arroja el pagano un grito horrendo  
y al vencedor de nuevo se ha lanzado;  
y hacen un giro, y súbito volviendo  
le tornan á embestir de espalda y lado,  
mientras el Circaso á acometer de frente  
del monte saca la escondida gente.

## XXXIV

Sale de entre la escuadra el bravo Argante,  
el primero á embestir cual siempre suele;  
y so el caballo y armas, espirante  
pronto al primero que alcanzó le impele;  
á infinitos derriba el arrogante  
antes que el asta por los aires vuela,  
y el fierro empuña, á cuyos golpes llenos  
siempre deshace, mata, ó hierre al menos.

## XXXV

Clorinda su rival quitó la vida  
á un Ardelio, varón de edad madura;  
que si bien por dos hijos defendida,  
hallar no puede su vejez segura;  
que á su Alcandro, el mayor, horrenda herida  
pronto apartó de la paterna cura,  
y Poliferno, que á su vista queda,  
mucho es que él mismo libertarse pueda.

## XXXVI

Mas en tanto Tancredo que no alcanza  
De aquel villano el impetu primero,  
vuelve la vista y mira cuál se avanza  
más que debía su tropel guerrero;  
y cortado le ve, y allá se lanza  
veloz torciendo el corredor ligero;  
ni á socorrerle él solo hora se arresta:  
también la gente al reforzar dispuesta.

## XXXVII

La de Dudón escuadra aventurera,  
flor de Marte, del campo fuerza y nudo.  
Reinaldo el grande, el bello, en su carrera  
veloz cual rayo adelantarse pudo.  
Conoce Erminia la actitud guerrera,  
la águila blanca en el celeste escudo,  
y al Rey le dice que le observa ansioso:  
«He aquí al de invictos vencedor famoso.

## XXXVIII

»Es aun rapaz, y en el còmbate iguales  
la fama á pocos ó á ninguno honora:  
con seis no más, entre las cruces, tales,  
vieras la Siria sucumbiendo ahora,  
subyugadas las tierras más australes,  
sometidos los reinos de la aurora;  
y aun al Nilo guardarse fuera en vano  
en su origen incògnito y lejano.



## XXXIX

»Ese es Reinaldo, y su vigor produce  
 más estragos que máquina segura.  
 Vuelve la vista, y mira cuál reluce  
 allí de verde y oro una armadura:  
 ese es Dudón de Cocia, que conduce  
 esta indómita escuadra de ventura.  
 De ilustre sangre, su valor le aclama,  
 si grande ya en edad, mayor de fama.

## XL

»Del rey noruego hermano, ve á Gernando,  
 aquel coloso del velarte bruno,  
 de quien sólo la gloria está empañando  
 más soberbio no hallar mortal ninguno;  
 y esos dos que albos trajes van mostrando  
 y que unidos así se ostentan uno,  
 son Odoardo y Gildipa, los esposos  
 en fuertes lides y en amor famosos.»

## XLI

Conversaban así mientras hervía  
 bajo de ellos creciente la batalla.  
 A Reinaldo y Tancredo en la porfía  
 la densa multitud ya se avasalla;  
 también los que Dudón formados guía,  
 entran rompiendo la apiñada valla,  
 y Argante, Argante mismo, á un golpe horrendo  
 de Reinaldo, la tierra fué midiendo.

## XLII

¡Ni alzara nunca!; mas el bruto escoge  
 de Reinaldo caer en aquel punto,  
 y entretiene al jinete, pues le coge  
 la rodilla debajo y el pie junto.  
 En tanto huyendo á la ciudad se acoge  
 deshecho el moro y de pavor difunto,  
 y al furor que á su espalda le envolviera  
 sólo Argante y Clorinda son barrera.

## XLIII

Tras todos van, y el ímpetu creciente  
 se pára un tanto en ellos y reprime;  
 con que pueden correr más sueltamente  
 esos primeros que su ardor redime.  
 Dudón los sigue en la victoria ardiente,  
 y á Tigrán del caballo al choque oprime,  
 y con tajante acero y fuerza rara  
 la cabeza del tronco le separa.

## XLIV

Ni defiende á Algazar soberbia cota,  
 ni al robusto Corbán yelmo perfeto;  
 que espalda y nuca les traspasa, y rota  
 la punta asoma por celada y peto;  
 y del rompido arnés caliente brota  
 la sangre de Amurates, de Mahometo,  
 la del bravo Almanzor; ni el gran Ciqcaso  
 de allí alcanza á mover seguro el paso.



## XLV

Y entre sí brama, y vuélvese, y le irrita  
verse oprimido y de su furia el blanco,  
y tan pronto una vez se precipita  
y con empuje tal le coge el flanco,  
que entero el hierro le sumerge, y quita  
con el golpe la vida al digno franco.  
Yace, y de alzar los párpados no es dueño  
que el peso abate del eterno sueño.

## XLVI

Por tres veces buscó la luz del día  
y por tres veces sobre el codo alzarse,  
y cayendo otras tres, en agonía  
van sus lánguidos ojos á cerrarse,  
y ya advierte en sudor su frente fría,  
y sus rígidos miembros desatarse.  
Ante el ya muerto cuerpo, el duro Argante  
ni se detiene un punto, y va adelante.

## XLVII

Mas aunque el pie veloz no mude en nada,  
se vuelve al franco y grita enardecido:  
«Caballeros, mirad: esta es la espada  
que ayer de vuestro dueño he recibido:  
cuál fué, decidle, por mi brazo usada;  
dulce la nueva sonará en su oído,  
y es bien que el don de su famosa diestra  
probado sea con tan alta muestra.

## XLVIII

»Decidle que en su cuerpo á más feroces  
pruebas le guardo, mientras fuerte dure,  
y que á buscarle irán mis pies veloces  
cuando él mismo á salir no se apresure.»  
Irritados los francos de estas voces,  
no hay ninguno que herirle no procure;  
Mas con su gente toda ya seguro,  
bajo la guarda entró del patrio muro.

## XLIX

Y á lanzar piedras sobre el ancho foso  
los de arriba en tal modo comenzaron,  
y de flechas granizo tan copioso  
de los tendidos arcos dispararon,  
que es al franco escuadrón parar forzoso,  
y los de Argante en la ciudad entraron.  
Libre Reinaldo del azar funesto  
del caído corcel, llegaba en esto.

## L

De vengar á Dudón con la esperanza,  
al homicida bárbaro venía,  
y «¿qué os para y detiene en vil tardanza?»  
llegado ya á los suyos les decía.  
«¿Queda más que el camino á la venganza,  
pues ha muerto el señor que nos fué guía?  
¿Ó en ocasión tan grave de alto enojo  
valla un muro ha de ser á nuestro arroj?»



## LI

»No si doblada en fierro ó de diamante  
esta muralla indómita se alzara,  
allá dentro seguro el fiero Argante  
de vuestro alto poder se libertara.  
¡A los muros corramos!» Y él delante  
el primero á asaltarlos se prepara,  
y no teme su frente alta y derecha  
dardo ni piedra ni silbante flecha.

## LII

Y la cabeza tanto alza segura,  
y tan altivo su mirar provoca,  
que tras del muro insólita pavura  
á los guerreros hiela y los apoca.  
Mas cuando así del asaltar se cura,  
el noble intento abandonar le toca;  
que les manda Bullón al buen Sigiero  
de sus mandatos hoy nuncio severo.

## LIII

Él reprende en su nombre aquella hazaña,  
y tornar prontamente les impone.  
«Volveos, les decía: el sitio engaña;  
la ocasión no propicia se dispone.  
Os lo manda Bullón.» Pronto la saña  
el primero Reinaldo aquí depone;  
si bien se abrasa dentro, y prenda cierta  
fuera asomó de la ira mal cubierta.

## LIV

Vuelve la escuadra atrás, y no es turbado  
más en su entrada fugitiva el moro.  
No, en esto, el cuerpo de Dudón privado  
yace de pompa y del postrer decoro;  
que en sus hombros le lleva (¡peso amado!)  
de sus amigos el doliente coro.  
Gofredo, en tanto, desde excelsa parte  
de la ciudad observa el sitio y arte.

## LV

Pisa Jerusalén doble colina  
de impar altura, cuyo cèntro mide  
una interpuesta valle que, vecina  
del un monte y el otro, los divide.  
Fácil por una parte se camina,  
si de las otras el fragor lo impide;  
mas vuelto contra Bóreas aquel lado,  
es de muros altísimos guardado.

## LVI

Tiene el pueblo lugares do conserva  
de las lluvias el agua, y lagos, fuentes;  
mas fuera el campo en desnudez se observa,  
y de ríos estéril y corrientes;  
ni se ve florecer árbol ni yerba  
que los rayos del sol mitigue ardientes:  
sólo un bosque á seis millas yace inmenso,  
de mortífera sombra, horrible y denso.



## LVII

Por do brotan las ráfagas solares  
 luce el Jordán su cristalina raya;  
 al occidente son los verdes mares  
 y del Tirreno la arenosa playa,  
 y hacia Bóreas Betel, que erige altares  
 y del dorado Buey el culto ensaya,  
 y Samaria, y Belén, que austral se eleva,  
 y de cuna de Dios la gloria lleva.

## LVIII

Mientras el muro y el sitio determina  
 de la ciudad Gofredo y la comarca,  
 y de acampar los modos examina,  
 y el fácil punto del asalto marca,  
 le ve Erminia, y su diestra le desina,  
 diciendo á un tiempo al árabe monarca:  
 «Gofredo es ese, el que en purpúreo traje  
 augusta majestad muestra y linaje.

## LIX

»Sin duda fué para reinar formado:  
 ¡tanto conoce del gobierno el arte!  
 ni es tan sólo caudillo celebrado;  
 mas tiene del valor la doble parte;  
 que no tamaña grey mejor soldado,  
 ni más sabio varón podrá mostrarte.  
 Sólo Raimundo en el saber le llega,  
 y Reinaldo ó Tancredo en la refriega.»

## LX

Y dice el Rey: «Reconocerle quiero;  
 que en la corte una vez le hallé de Francia,  
 cuando allá fuí de Egipto mensajero  
 y en torneos campar vi su arrogancia.  
 Le apuntaba no más bozo ligero,  
 salido apenas de la muelle infancia,  
 y ya anunciaba su vigor seguro  
 altos indicios del poder futuro.

## LXI

»Ciertos ¡ay! en verdad (y aquí los ojos  
 turbado humilla; mas después pronuncia):  
 ¿Quién es aquel de paramentos rojos  
 que allí á su lado rompe entre la juncia?  
 Si más breves sus miembros y más flojos,  
 semejanza sin par su rostro anuncia.»—  
 «Es Baldovino, si en la faz su hermano,  
 más en las obras de su invicta mano.

## LXII

»¿No veis aquel que en el aspecto suave  
 de varón que aconseja le acompaña?  
 Es Raimundo, el de blanca frente y grave,  
 de quien siempre diré la ciencia extraña.  
 ¿Qué latino ó francés más artes sabe,  
 ni de guerra un ardid más diestro amaña?  
 Aquel, más lejos, del dorado yelmo,  
 del rey britano es hijo, el buen Guillelmo.



## LXIII

»Mira allí á Güelfo, el de la veste gualda,  
de estado y sangre y mérito subido:  
bien le conozco en la cuadrada espalda,  
y en el pecho también alto y fornido.  
Mas aunque busco por la agreste falda,  
mi contrario mayor ver no he podido;  
Boemundo el torpe, el de la diestra impía,  
destructor de la regia sangre mía.»

## LXIV

Mientras así Erminia cuenta al rey pagano,  
hacia su gente el Capitán descende;  
y como ha visto que la tierra en vano  
fuera ocupar por do el escarpe asciende,  
establece sus reales en el llano  
que hacia la parte de Aquilón se extiende,  
y desde allí partiendo, hasta la torre  
que dicen angular su frente corre.

## LXV

Y dentro el vasto circo que eligiera  
de la ciudad un tercio se contiene;  
que á circundar su vuelta toda entera  
(¡tan grande se dilata!) armas no tiene.  
Mas de las vías fácil se apodera  
por donde auxilio á los contrarios viene,  
y á su gente en los pasos introduce  
do breve atajo á la ciudad conduce.

## LXVI

Con tal arte sus tiendas luego amaña  
de trinchera y de foso defendidas,  
que correría á un tiempo cierre extraña  
y del muro provea á las salidas;  
y cuando fuerte así se ve en campaña,  
las reliquias anhela ver queridas,  
y al sitio va donde Dudón reposa  
y en cerco está de multitud llorosa.

## LXVII

El altísimo féretro en que yace  
amigos fieles con esmero ornaron;  
cuando Gofredo entró, mayor renace  
el eco flébil que á porfía alzaron;  
mas al pio Bullón vencer le place  
los afectos que el ánimo turbaron.  
Calla y le mira, fijo el pensamiento,  
y exclama luego en inspirado acento:

## LXVIII

«No á ti se debe ya dolor ni llanto;  
que al cielo naces, si el mortal te llora,  
y aquí do sueltas su terreno manto  
dejas la fama que tus timbres dora.  
Viviste cual campeón cristiano y santo,  
y mueres como tal: gócese ahora  
tus ojos en tu Dios, y leda el alma  
del bueno alcance la corona y palma.



## LXIX

»Vive en ventura tú; que á nuestra suerte,  
no á tu destino, el llanto es bien acuda;  
que en ti nos quita valerosa y fuerte  
parte de nuestro sér su rabia cruda.  
Mas si esa que apellida el vulgo muerte  
nos priva así de tu terrestre ayuda,  
la de Dios obtenernos con tu celo  
feliz podrás, pues pisas hora el cielo.

## LXX

»Y como en nuestro amparo visto habemos  
que blandías mortal armas mortales,  
hora, divino espíritu, probemos  
el favor de las tuyas eternas.  
Tú lleva á Dios los votos que le hacemos,  
tú bondadoso acorre á nuestros males,  
y el lauro es cierto, y llegarán devotos  
á cumplirse en el templo nuestros votos.»

## LXXI

Dice, y parte Bullón. El manto obscuro  
ya de la noche el alba describía,  
y el suave olvido en su dormir seguro  
tregua al dolor y lágrimas ponía;  
mas el caudillo, que ganar el muro  
sin marciales aprestos no creía,  
piensa cómo al nivel de sus almenas  
duras máquinas labre, y duerme apenas.

## LXXII

A punto con el sol sale, y piadosa  
al fúnebre convoy sigue su huella.  
A Dudón de ciprés tumba olorosa  
dan al pie de un collado, y cerca de ella  
las estacadas son: encima airosa  
copuda palma altísima descuella,  
y el sacerdote allí pide entre llanto  
por el alma quietud en triste canto.

## LXXIII

Entre los ramos cuelgan espaciosos  
de trofeos de honor copia diversa,  
ganados en combates más dichosos  
á la gente de Siria y á la persa.  
En medio al grueso tronco están gloriosos  
yelmo, espada y arnés, y en laude tersa  
escrito al pie: «Dudón aquí reposa:  
del muy alto campeón honrad la losa.»

## LXXIV

Mas cuando el buen Gofredo libre de esta  
carga se encuentra dolorosa y pía,  
los obreros del campo todo apresta  
y á la selva escoltados los envía.  
Esa entre valles yace, y manifiesta  
fué al Capitán por gente de Soria.  
Allí el franco las máquinas emprende,  
con que á Jerusalén vencida entiende.



LXXV

Entre sí pugnan hachas despiadadas  
al bosque haciendo desusado ultraje:  
yacen al golpe destructor talladas  
las sacras palmas y el ciprés selvaje;  
pinos, fresnos y encinas elevadas  
caen, y el tejo de inmortal follaje,  
y el olmo amante á quien la vid se arrima  
y con torcido pie monta á su cima.

LXXVI

Éste el cedro y aquél el roble abate  
que cien años su copa muda y viste,  
y al que cien años con horrendo embate  
también del Aquilón la furia embiste:  
otro la rueda gárrula combate  
que al peso de los ramos se resiste.  
De los golpes en tanto al vario ruido,  
deja el bruto la cueva, el ave el nido.

## CANTO CUARTO

ARGUMENTO.—El Príncipe de las tinieblas quiere agobiar con mil trabajos á los cristianos: junta con este objeto á los espíritus infernales, y ordena á cada uno que ponga en juego para conseguirlo todos sus recursos. Inducido por ellos, Idræte intenta que su sobrina Armida se presente en el campo de Bullón y procure seducir y arrastrar consigo á los mejores caballeros, empleando el influjo de su hermosura y la gracia de sus palabras.

I

Mientras así de la estirpe floreciente  
el bélico instrumento hace despojos,  
el gran contrario de la humana gente  
volvió al cristiano lívidos los ojos;  
y viéndole aplicado á la obra ingente,  
ambos labios mordiendo en sus enojos,  
como el herido toro, su despecho  
suspirando y mugiendo echó del pecho.

II

Y ensayando las artes en su idea  
con que cause al cristiano mayor ruina,  
su pueblo convocar ¡fiera asamblea!  
en la regia morada determina,  
cual si fácil intento ¡ay necio! sea  
contrarrestrar la voluntad divina.  
¡Necio!, que á Dios se atreve, y tiene en nada  
cómo truenas de Dios la diestra airada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA  
MEXICO